

# El oscuro discurso del Oscar

Leda Rendón

El Oscar es un premio que, lejos de ayudar al avance del cine, ha fomentado el melodrama histórico y el musical como máximas expresiones cinematográficas. La selección de filmes por su recaudación en taquilla, despliegue tecnológico y reconstrucción histórica no pueden ser los únicos parámetros para premiar una obra de arte. Está también la actualidad e impacto del tema, la exploración del alma humana y, entre muchos otros, los hallazgos visuales. Así, antes de abrir el sobre del filme ganador del año, Steven Spielberg sentenció algo que se sabe, pero pocos se atreven a comentar: “La que gane esta noche se va a unir a un grupo en el que están *Midnight Cowboy* (*Perdidos en la noche*), *The Godfather* (*El padrino*) y *The Deer Hunter* (*El francotirador*). Y las que pierdan, se unirán a otro en el que se encuentra *Citizen Kane* (*Ciudadano Kane*)”. Lo cierto es que Spielberg fue amable porque *El discurso del rey* (Oscar a mejor película 2011) es más cercana a piezas mucho menos canónicas como *My Fair Lady* (George Cukor, 1964) y *Shakespeare in Love* (John Madder, 1998), que revelan el embate nostálgico —profundamente conservador— por la realeza británica.

Sabemos que para otorgar los premios Oscar hay una serie de pasos ineludibles que involucran a directores, actores, guionistas, vestuaristas, sonidistas, entre muchos otros. Por tanto, en apariencia, no debería haber duda respecto a la elección de las películas ganadoras, ya que son ellos mismos los que votan. Pero los premios de la academia obedecen a una serie de reglas no dichas que tienen que ver con la moral, lo económico y lo políticamente correcto. Así, tocar temas de manera sensible como el amor, la guerra, la genialidad y la superación personal les valieron varias estatuillas



a películas de mediana calidad como *La lista de Schindler* (Steven Spielberg, 1993), *Forrest Gump* (Robert Zemeckis, 1994) y *Mente brillante* (Ron Howard, 2001). Sin embargo, filmes como *Doce monos* (Terry Gilliam, 1995), *Ciudadano Kane* (Orson Welles, 1941) y *Doctor Strangelove* (Stanley Kubrick, 1978) apenas ganaron un par de Oscar, pero se convirtieron en referencias fundamentales de la cultura contemporánea.

Una vez más la ceremonia del Oscar nos dejó con un mal sabor de boca. Este año, en particular, hubo una serie de cintas que exploraron de manera inteligente e innovadora preocupaciones en torno al mundo interior y los sueños (*Inception*), la locura y el devenir animal (*Black Swan*) y los problemas de comunicación entre las personas a pesar de las redes sociales (*Social Network*). Empero, la Academia se inclinó por un filme de época, inglés, y que retrata las dificultades del rey Jorge VI para hablar en público. Así *El discurso del rey* fue la gran ganadora de la noche, pero está lejos de convertirse en un clásico del cine.

La sensibilidad de los miembros de la academia es de un nivel intelectual tan poblarado y poderoso como el del Canal de las

Estrellas en México (si bien el despliegue actoral y tecnológico no tiene parangón). Asistimos a la nostalgia por recrear vestuarios y lugares. Lo extraño es que Hollywood parece no sólo haberse quedado en el pasado en ese aspecto: estamos frente a una estructura de poder con un imaginario pobre no acorde a una sociedad en constante evolución. El cine estadounidense parece vivir en otro momento histórico, como la Iglesia católica, se niega a aceptar los cambios y necesidades del mundo por ignorancia, interés o prepotencia. Le apuestan a la taquilla y no a la inteligencia del espectador. De tal suerte que películas tan actuales como *Red Social* (Facebook es una de las herramientas tecnológicas que ayudaron a detonar las manifestaciones liberadoras en el norte de África), *Inception*, película que representa con alta complejidad el mundo de los sueños y *Black Swan*, que se sumergió en los límites de la locura, no fueron premiadas como mejor película por explorar temas de política y moralmente incorrectos.

Finalmente, quizás, el error radica en suponer que los Oscar son para premiar a lo mejor del cine, a aquellas obras que exploran los abismos de la conciencia humana. Porque podemos darnos cuenta de que el objetivo último de la Academia no es la calidad sino el orden moral, político y económico de su negocio. Por eso, si queremos ver una buena película mejor será hacerle caso a otros premios que intentan ofrecer una alternativa a la magna entrega del Oscar como los Globos de Oro, los BAFTA y los Spirit Awards (premios al cine independiente), así como la Berlinale, La Biennale de Venecia. Lo importante de éstos es que tratan de condecorar otro tipo de cintas, aquellas que recrean universos visuales, estructurales y sensibles más complejos. ■